INDICE DE EXPOSICIONES

Nuevas salas del Museo del Prado

Buen gozo este de penetrar en las nuevas salas del Museo del Prado recién inauguradas... Y aunque parezca extraño el hecho, recordamos a un museo recoleto, provinciano, bien cuidado en sus detalles: el de Pontevedra. Y el recuerdo surge porque tanto la gran ópera magna del Prado como la mínima musicalidad del museo pontevedrino revelan una misma cosa: buen amor. Y ese buen amor es el que ha puesto Francisco Javier Sánchez-Cantón en estas salas, que recogen un antiguo —y bien necesario— propósito: hacer del Prado recorrido histórico y estético, en medida cronológica, de la pintura española y extraña... Una luz perfecta deja a los cuadros en sus términos precisos, que ahora resplandecen más tras cuidadosos lavados y limpiezas que han restado viejos barnices y repintados. Tablas hispanoflamencas, castellanas de los siglos xv y principios del xvi se despliegan a ambos lados de la gran sala de entrada. Destaquemos la obra —poco conocida— de Juan Correa del Vivar, dos tablas de Osona el Joven, la *Glorificación,* de Yáñez de la Almedina; la célebre *Santa Cena,* de Juan de Juanes, y el magnífico *Descendimiento,* de Pedro de Machuca... Los retratos de Sánchez Coello, de Felipe II y sus hijos, lienzos de Pantoja de la Cruz y escogida selección del Divino Morales forman lo mejor de este conjunto pictórico, bien «interrumpido» por la estatua en bronce de la emperatriz Isabel, de Leoni, y bustos del emperador y sus hijos, también del taller de Leoni...

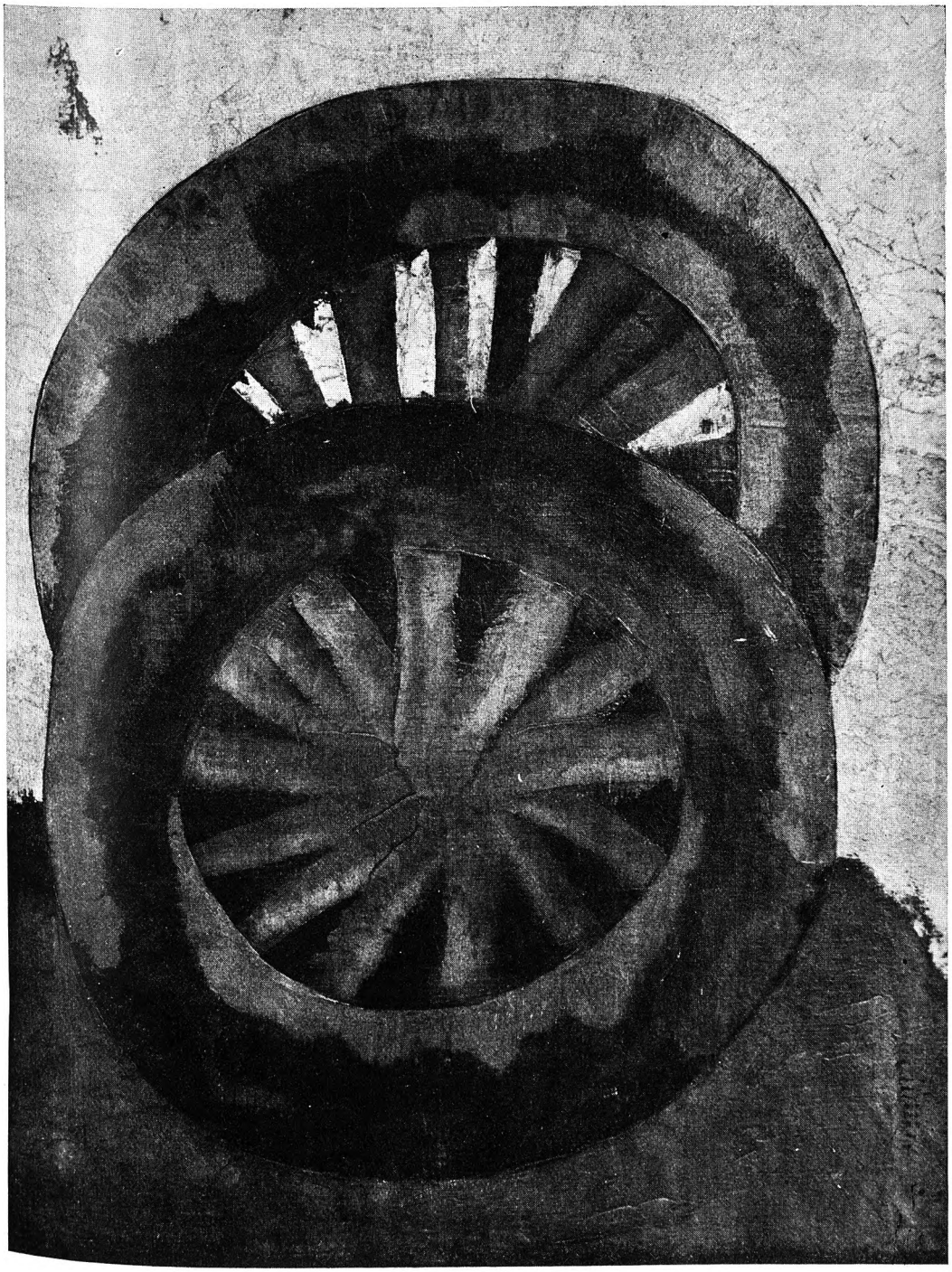
Goya luce en sala provisional la lección de una colección inestimable de dibujos, que es prólogo para las salas de los cartones, en su mayoría restaurados, luciendo así la gracia y gala de la pintura genial del maestro de maestros. Y aquí se aprecia el buen amor que preside la instalación: el redondo asiento central, que permite visión amplia y cómoda del conjunto; el acierto del predominio blanco de las paredes, cuyos motivos tan certeramente juegan con las pinturas del techo de la época goyesca; el buen juego de las colosales mesas de pared, de bellísimos mármoles; los suelos... Goya queda en las paredes no «colgado», sino colocado y puesto en su lugar y sitio. Todo se acopla y se rige por una armonía casi musical... Nuestros pasos, que han recorrido muchos museos, se mostraban orgullosos de andar por estas salas del Prado, cuyo señorío y grandeza no tienen igual por los caminos de las pinacotecas mundiales. Sincera felicitación merece ese buen amor y conocimiento de Sánchez-Cantón, como director, y

Y lo merece por ser, en tiempos de infidelidades, fiel a un modo, a una manera y, lo que más importa, a sí mismo.

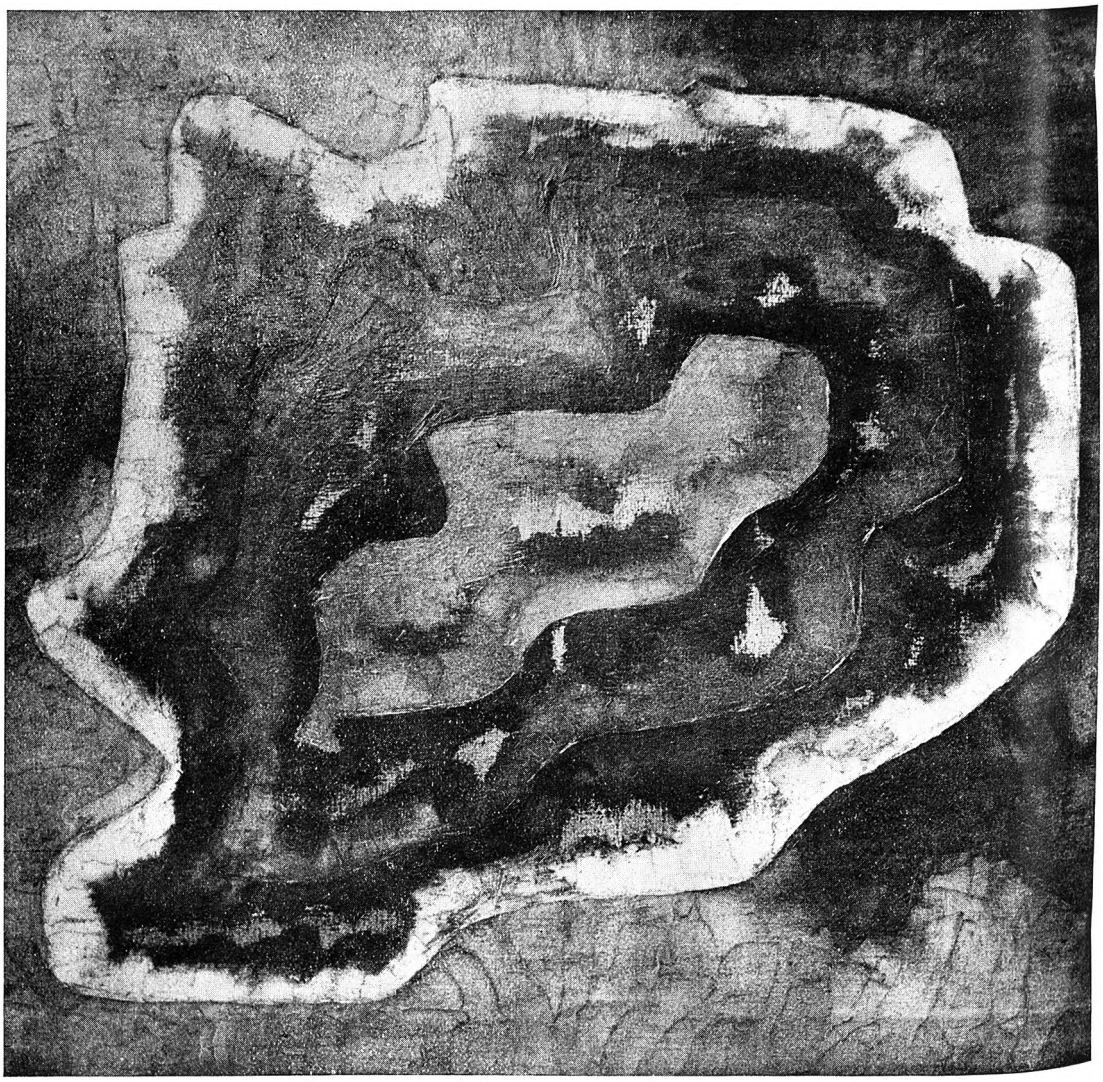
Cuando hace tiempo vimos en el Círculo de Bellas Artes la obra exuberante, abiertamente expresionista, de Agustín Hernández, ofrecida en lienzos de tamaños que rebasaban los tres metros, en los cuales los protagonistas eran tristes labrantines, enlutadas mujeres, de esas que caminan por senderos que no van a ninguna parte, hubo quien dijo que el artista realizaba una obra «invendible», y aunque el resultado fué contrario a la sutil advertencia, lo que importaba en aquel muestrario era que había un hombre dedicado a la pintura «con hambre» de pintar, con generoso deseo de llenar las amplias telas de personajes y pintura. Lo hacía en tiempos de «íntimas» «cocinas», desmarcadas y en horas en que la pintura tenía medida exacta para gusto —y hasta necesidad imperiosa de espacio— del comprador, o sea que lo hacía gratuitamente, en puro goce y disfrute de la pintura... Y ahora este pintor ha realizado en la sala Prisma exposición del cómo y del por qué de su pintura, del tantas veces cantado esqueleto, o sea del dibujo. Y ha sido, como la anterior —en pureza de intención y realización—, modelo de bien hacer y concebir. El dibujo surge en cada tema ligado a él, y así la línea se hace tierna y dulce o adquiere perfiles duros y fuertes, según requiera el guión. Es una lección de dominio y, sobre todo, de honestidad dibujística, como quien siendo prestidigitador se atreve a mostrar todos los trucos. Agustín Hernández lo ha hecho sin miedo, en una exposición sin tacha.

Artistas orensanos

Estas exposiciones colectivas se hacen «temibles» por la extensión, la diversidad de criterios, y en ésta concretamente, por la muy abundante calidad de obras expuestas. Sean dos nombres los primeros: el de la monja Carmen Legísima, cuya obra tanta impresión causó en tiempos pasados, y que es lástima quede encerrada en el buen silencio de los claustros, pues su pincel es uno —y ha podido serlo más— de los más incisivos y penetrantes de mano femenina, que en este caso hace pensar en Solana, hace pensar en Palencia, por la profundidad y paleta que sirve a la pintura. Prieto Nespereira, que tan felizmente fué embajador de arte español por rutas del mundo en bienales y exposiciones de grabados, tiene dedicada una sala, y en ella, junto a sus grabados, plenos de honda melancolía y ejemplo de buen hacer, presenta tres «temples» que es camino que ya no debe abandonar, pues en ellos la sensibilidad queda más abierta y pura... Y en la lista,



Oleo, del Conde de Quintanilla



Pintura, óleo del Conde de Quintanilla

Quesada —para nosotros, el preferido— y Prego, tan hondamente racial, y el inquietante Trabazo... Y en la escultura, las piedras de Failde, buen heredero de los maestros románticos de Compostela, y los barros de Baltar, en donde el mismo signo estilístico acusa un mayor y muy buscado expresionismo..., y en fin, una lista agradable, ante la que es obligada la abierta y generosa reseña.

Quintanilla

No queremos que en este azar de las cronologías quede en el olvido la recatada exposición de óleos del conde de Quintanilla en la sala de San Jorge.

Quintanilla es un excelente pintor, que en mucho supera a viejos profesionales y que en mucho supera a jóvenes que «abren camino». Su obra tiene reposo, personalidad, un oficio preciso, paciente, ordenado, o sea un oficio bien aprendido. No es la exposición de un aficionado, sino la exposición de un pintor bien consciente de sí mismo, que logra en una apoyatura figurativa una expresión de formas y color —con magma o sin magma— en donde, al quedar en libertad, se aprecia bien la calidad de un pensamiento rigurosamente plástico... El buen gusto de su modestia es otro elogio aparte.

La exposición Góngora

¡Cómo nos gusta estas exposiciones, íntimas, recoletas, silenciosas, que hace la Biblioteca Nacional! Qué buen homenaje al autor de las *Soledades* con esta soledad, tan bien ordenada, tan bien dispuesta para el erudito, para el investigador; tan bien concebida para la vista, tan certeramente dirigida, tan bien prologada por Joaquín de Entrambasaguas en serio catálogo —entre tantos en broma— y tan bien realizada buscando evocación, resucitando ambiente, dando al libro la categoría —merecida— de objeto precioso y creando un clima —tan necesario— para que entre cuadros, luces, plantas, el recuerdo de quien tantas cosas dijo y enseñó sea honrado... El día que en estas exposiciones haya apreturas de visitantes, ese día no habrá miedo a nada ni a nadie.

Los concursos nacionales y el salón del grabado

Esto de los concursos nacionales necesita pronto arreglo. El primero y principal es aumentar la cuantía de los premios, ya que es anómalo que el Estado dote con una ínfima cantidad unos premios que tienen

carácter nacional y que cualquier entidad particular o generoso Ayuntamiento pueblerino quintuplique la cuantía del primer premio. Si a este mal estado de cosas añadimos la obligatoriedad de un tema, la repetición de jurados, la escasa publicidad que tienen las exposiciones —muy justificada—, veremos que la necesidad de su reforma es manifiesta. Bien es verdad que la Dirección General de Bellas Artes, que tan buena y entusiasta regiduría posee, tiene ya conciencia de esta realidad, que ahora hacemos pública para que el rango de un concurso nacional tenga el eco y resonancia que merece.

El de este año tiene para nosotros una particularidad: el hecho de que la pintura figurativa queda como relegada, como «mal resucitada» frente a la pintura abstracta. Acaso sea que los mayores aciertos de la exposición se deban a lienzos no figurativos. Bajorla y Lapayese son, sin duda, los artistas que mejor pintura muestran. Claro es que si el tema anunciado es religioso y la obra responde a una subjetividad del creador y el espectador «no ve nada» que le llegue a una representación habitual de la imaginaria, puede haber una posible razón; aunque creemos que no para que el jurado, estimando —suponemos— la bondad de lo expuesto, no lo juzgue merecedor de premio dentro de eso tan tremendo que son «las bases».

En el conjunto pictórico hay obras estimables. Sean dos las que se hallan junto a los lienzos de los pintores citados, y que en los apuntes tomados no tenemos seguridad de nombres; pero que, ocupando el mismo panel, no dejan duda para la certificación. Luego hay firmas prestigiosas que, «obligados» al tema, pensando en el jurado y sometidos a la preocupación del título del concurso, se quedan en una aspiración al premio; más para quitarse un «peso de encima» que para lograr, en pleno goce de su creación, el importante título que tanto supone en la lista de los méritos. Y lo decimos con la satisfacción de tener a nuestro favor un antiguo premio nacional literario, con lo cual queda bien patente la estimación que tenemos hacia recompensas que nos honran hace muchos años y que nuestra vela de ahora es desinteresada, como lo es también la de los muchos —todos— que comparten nuestra opinión, siendo la primera de todas —repetimos— la de aspirar a que el premio nacional sea el que más cuantía tenga entre todos los convocados en el ámbito artístico. Lo demás es hacer que cada año baje la concurrencia y el concurso quede en un escalafón secundario para artistas que suman puntos y favores entre el círculo más o menos estrecho de sus familiares y amigos. Y quede para próxima crónica la reseña de la arquitectura y de la escultura.

Este Salón, que hace el número once entre los convocados desde que artistas de buena voluntad y, además, de solera lo fundaron, tiene el atractivo de querer resucitar una modalidad de la que siempre decimos, y no con mucho fundamento, que no tiene buena acogida en nuestra patria. Hará treinta años que Espina, Baroja, Castro Gil, Prieto, Esteve Botey, Labrada, Orozco y otros fundaron el grupo Los Veinticuatro, que hizo intercambio con diferentes países con indiscutible beneficio para todos, crearon una medalla de honor, etc.

Que el grabado no tiene gran aceptación entre nosotros, es una de las muchas cosas que toman carta de naturaleza sin profundas razones. No sólo el nombre de Goya, que llena una historia, sino el de los muchos que en el siglo XVIII y antes hicieron obras notables; los que siguieron la trayectoria en el XIX y los que en el XX la siguen, desde Solana a Picasso, demuestran lo contrario. Lo que pasa es que cada grabador actúa por su cuenta y riesgo y que el pintor español graba cuando hay un incentivo —en general— económico, concreto, y díganlo si no las ediciones de La Rosa Vera, las afortunadas hechas por la viuda del llorado Carlos de Lara, etc. Y es lógico que así sea, pues el procedimiento es difícil y costoso de horas.

Recientemente la casualidad nos ha hecho conocer la obra que en el grabado ha hecho una mujer, María Dolores Andréu, verdaderamente excepcional y exclusivamente, sobre el rostro de Cristo, y que ha de causar justa admiración; la reciente hecha en la sala Abril por Paco Sabater, con una calidad de color —no de simples entintados— exquisita y con otra calidad de medio material de gran valor. Si a estos nombres que surgen en últimos días se une la obra de Alvaro Delgado, todo ello es más que suficiente para que no digamos que el grabado no tiene cultivadores ni acogida. Desde Benjamín Palencia a Ortega Muñoz, la lista de grabadores es magnífica; lo único que hace falta es que la oportunidad surja en lógico aliciente.

Este XI Salón del Grabado no da ni la más remota idea del grabado español. Y bien es verdad que, existiendo tantos y tan buenos grabadores, bien podían dejar una muestra en esta convocatoria. Hora es de que se unan tendencias diversas para formar un buen panorama que siempre está fragmentado, como si los artistas gozaran de los compartimientos estancos y no quisieran que se confundieran unos nombres con otros; pero lograr uniones es difícil. Citemos, entre los grabados que más nos han complacido en este XI Salón, los de Arcorlo, Carmen Arocena, Silvino Pozas, Dimitri, Palomino y también

Zarzo, Vargas Ruiz, y los eternos animadores que son Nespereira y Castro Gil. Bien sabemos que todo resulta confuso, pero la culpa no es nuestra.

Federico de Echevarría

No hace mucho tiempo hablamos de la vocación de este pintor con motivo de su primera exposición de arte no figurativo. Ahora presenta la segunda en la sala San Jorge. Y ahora, aquellos reparos de la primera ocasión ante formas fluctuantes, que eran sólo eso, fluctuantes, sin un sentido ordenador que las gobernara, las diera peso y sentido; ahora el reproche se convierte en aliento y en seguridad de que Federico de Echevarría ha conseguido el cómo y el porqué; ha empezado a encontrar su razón. Sería pueril decir que llegó a la formalización soñada: ha llegado a saber la ciencia y conciencia de su pintura y a saber expresarla. ¿A qué interesante parangón se presta la coincidencia de que al mismo tiempo la obra de Juan de Echevarría y su sobrino se expongan juntas? El tiempo —eso tan terrible— puede tener en ellos una explicación. Salvemos la diferencia de quién llegó ya a la historia a pesar de los pesares; de quién es un precursor y de quién ahora empieza firme y seguro un camino en el que encontrará parecidos obstáculos. Esta exposición de Federico Echevarría nos demuestra que era verdad su sentir y que va siendo verdad también su decir. Ya está en la buena lista en puesto ganado en buena ley.

Una exposición sobre la caza

Una bella exposición se ha inaugurado en la sala Biosca. Lo es por lo particular del tema, por lo bien tratado que aparece, por el sentido, la gracia y la hondura del mismo.

Tres nombres se han unido en el empeño. Es el primero el del pintor Alvaro Delgado, ese artista buído, inteligente y sabio, que además es sensible y que ha realizado el tema uniendo dos difíciles vertientes: la artística y la científica, ya que así era preciso para que los resultados fueran completos y la obra tuviera un interés permanente. Aquí los animales, propios de la caza mayor y menor, no aparecen como pretexto para una idealización o un simbolismo artístico, sino que surgen con toda su tremenda responsabilidad de objetos captados en los momentos precisos y hasta culminantes de su azar vital. Alvaro Delgado ha conseguido que sean objeto estético y documento, que sólo puede recoger quien posea sólidos conocimientos de

dibujo y una experiencia de cazador, aparte de una sensibilidad para comprender la belleza de un movimiento y de una actitud...

Pero acaso no hayamos dicho lo más curioso de la exposición y de la alianza de Alvaro Delgado y Faraldo: la ejecución de un libro especialísimo: 15 ejemplares (litografía y dibujos).

Los textos del preciado volumen son de Ramón Faraldo, y en verdad que son excelentes; con ese lenguaje celtibérico, difícil, con naturalidad, como consecuencia del proceso obligado del tema, con la influencia del campo, del hombre y de la caza. Habla a lo Berceo y al buen estilo del de Hita, y esa difícil, dificilísima postura gramatical de «a la pata la llana», que adquiere sones de romance viejo o parla de pastor. Buen escritor Ramón Faraldo, quien nos debe muchas más cosas que ese ir arrojando buenas palabras por las páginas de catálogos y diarios, páginas volanderas. Desde su *Benjamín Palencia* o su *Espectáculo de la pintura,* ha debido dejar afanes diarios para aislarse en esa prosa excelentísima que tiene el libro de la caza. En él es un deber.

Los textos conservan toda la gracia de la escritura orginal, las tachaduras, y constituyen buen documento de quien ha pasado muchas horas al aire y desgaire en espera de la pieza difícil. Es texto escrito con pasión, con razón y con mucha sabiduría en el hablar y en el tema.

El conde de Yebes ha hecho presencia con varias esculturas, en las que revela un buen amor hacia el animal. Si creemos compatible —nosotros, que no somos cazadores— el amor hacia el animal y la caza bien entendida, aunque la preferimos con máquina fotográfica —como la prefiere a veces Yebes—; pero cuando se alcanza esa categoría de cazador, ¡tan rara!, los años hacen que el pájaro que perseguimos, el ciervo que brincó en el risco o el jabalí que arremetió furioso tengan en su figura y sentido una comprensión más íntima que aquella que suelen tener los novísimos cazadores para quienes sólo matar —y matar mal— es el placer primero y último... Y ese buen amor hacia el animal de tristes destinos, el conde de Yebes lo traduce en volúmenes pétreos, estudiados, acariciados largo tiempo y realizados con una honradez y un realismo de quien sabe que puede adquirir el premio estético con sólo verificar el traslado con precisión de actitudes y gracia de movimientos de la pieza elegida.

Ceferino Olivé

Este artista, dueño de una técnica de la aguada de firme seguridad, que sabe de efectos y de efectismos y que conoce bien el grado artístico de un público incondicional que le sigue con fidelidad año tras año,

vuelve a hacer muestra de sus conocimientos en la acuarela, que le permiten la aprehensión de todos los temas, y más acusadamente de aquellos que son «propios» del medio: luces, nubes, cielos, paisajes urbanos, y esta vez hasta «caprichos» que revelan la ausencia de secretos en el procedimiento donde revalida unos méritos ciertos, de indudable interés decorativo y también artístico, que si bien no alcanzan, a nuestro juicio, un grado de sensibilidad creacional superior, consiguen la precisa y la que demanda una clientela bien segura de que Olivé es garantía de honradez y permanencia.—M. SÁNCHEZ-CAMARGO.

NOTAS SOBRE TEATRO

Nuestros teatros nacionales, el Español y el María Guerrero, tienen actualmente en cartel dos obras de Lope de Vega: *Fuenteovejuna* y *La bella malmaridada,* respectivamente. Debemos citar las representaciones de estas dos obras como lo más notable de los muchos actos que vienen celebrándose como homenaje a Lope de Vega en el IV centenario de su nacimiento. De *Fuenteovejuna* y de *La bella malmaridada* queremos ocuparnos sucintamente.

I

LO SOCIAL EN LOPE DE VEGA

Con *La estrella de Sevilla, Peribáñez, El mejor alcalde, el rey,* etc., *Fuenteovejuna* es una de las mejores obras de Lope en su línea dramático-social. Sé muy bien que sobre este punto de lo social en Lope hay divergencias de opiniones —todas ellas, sin duda, muy notables— que tienden, o bien a desmesurar cuanto hay de «denuncia» y «alegato» en sus mencionados dramas, o bien a quitar a éstos todo su vigor, toda su fuerza testimonial y actuante, todo su sentido profundo de teatro de acción social. Por lo general, frente a la imagen de un Lope «poeta del pueblo» se opone la imagen de un Lope «señorito». Quisiera en estas breves líneas mantenerme un poco al margen de esta contraposición de criterios y, con decidido esfuerzo de objetivar las cosas, limitarme a tratar de interpretar el mensaje que Lope nos transmitió en este drama.

Fuenteovejuna está basada en unos hechos rigurosamente históricos: la rebelión de un pueblo llamado Fuenteovejuna contra su comendador de la Orden de Calatrava, don Fernán Gómez, a quien